

EL PERDÓN Y JESÚS

El punto de encuentro entre

UN CURSO DE MILAGROS

y

EL CRISTIANISMO

KENNETH WAPNICK, Ph.D.

Foundation for *A Course in Miracles*®

CONTENIDO

Prefacio	xi
INTRODUCCIÓN	1

PARTE I – PRINCIPIOS DE *UN CURSO DE MILAGROS*

INTRODUCCIÓN	17
Capítulo 1: LA DINÁMICA DEL EGO	21
El mundo de la culpa: dos niveles	21
El pecado, la culpa y el miedo	27
La negación y la proyección	32
Relaciones de odio especial	36
Relaciones de amor especial	44
El uso que el ego hace del pasado	52
Resumen	58
Capítulo 2: EL SIGNIFICADO DEL PERDÓN	61
El Espíritu Santo	61
El propósito del Espíritu Santo para las relaciones	62
El proceso del perdón: Tres pasos	66
El falso perdón	74
Causa y efecto	76
Defensión vs. indefensión	78
Oportunidades para el perdón	84
Capítulo 3: EL PERDÓN DE LA INJUSTICIA	
Los problemas de ira, enfermedad y sufrimiento	91
La inversión de causa y efecto	91
El problema de la ira	94
El significado de la enfermedad	100
Falsa curación vs. verdadera curación: la magia vs. el milagro	105
El significado de la injusticia y del sufrimiento	113
La verdadera justicia	119
La práctica de la verdadera justicia	121
El papel del Espíritu Santo	127

CONTENIDO

Capítulo 4:	EL SIGNIFICADO DEL AMOR Y DE	
	LA SEXUALIDAD	131
	El perdón y el amor: La relación santa	132
	1. Padres e hijos	133
	2. El amor romántico	137
	Sexualidad y celibato	143
	1. Los dos usos de la sexualidad	143
	2. El celibato	147
	3. Forma vs. contenido	149
Capítulo 5:	CONCLUSIÓN: FE, ORACIÓN Y PERDÓN	155
	La necesidad de fe	155
	La fe y la oración: El significado de	
	la abundancia	160
	Nuestra función de perdonar	167

PARTE II LAS ENSEÑANZAS DEL NUEVO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN	175
Capítulo 6: EL MUNDO DEL EGO:	
LA RELACIÓN ESPECIAL	179
El tomar nuestra cruz	180
Las enseñanzas de Jesús sobre las relaciones especiales	187
El amor especial por Jesús	194
La telaraña del especialismo: el odio especial por Jesús	201
Capítulo 7: EL PERDÓN: LAS ENSEÑANZAS	209
La ira	210
El perdón a los enemigos	216
La cuestión del divorcio	222
El perdón como la expresión del amor de Dios	227
El amor por los pecadores y los pobres (“Anawim”).....	234

Capítulo 8:	EL PERDÓN: EL EJEMPLO	243
	El ministerio público: La universalidad del amor.	243
	La crucifixión y la resurrección	249
	1. El mensaje de la crucifixión.....	249
	2. Los últimos días: Invulnerabilidad e indefensión	253
	3. El perdón del especialismo	255
Capítulo 9:	EL MALENTENDIDO DE LA CRUCIFIXIÓN .	261
	La distorsión del presente	261
	Expiación con sacrificio	264
	El siervo sufrido	266
	El reforzar de la culpa: Martirio y persecución.....	273
	La irrealidad de la muerte	277
Capítulo 10:	LA FE EN EL DIOS DEL AMOR	281
	El amor de Dios por nosotros.....	282
	La disponibilidad del Amor de Dios	286
	El confiar en Dios	291
	El confiar en lo que no se ve	299
Capítulo 11:	EL PODER DE LA DECISIÓN	305
	La decisión de Jesús	305
	La urgencia de decidir.....	308
	El honrar el poder de nuestra mente.....	313

PARTE III – EL APOSTOLADO

INTRODUCCIÓN	321
Capítulo 12: LAS TRAMPAS DEL EGO	325
El rechazo y la persecución.....	325
“Devolved al César”	329
Capítulo 13: EL CUMPLIR CON NUESTRA FUNCIÓN	337
“El complejo de Jonás”	337
Humildad vs. arrogancia	345

CONTENIDO

Capítulo 14: APÓSTOLES DEL ESPÍRITU SANTO Y DE	
JESÚS	353
“La prueba de la verdad”	353
Apóstoles de luz y paz	357

PARTE IV – JESÚS

INTRODUCCIÓN	373
--------------------	-----

Capítulo 15: NUESTRA RELACIÓN ESPECIAL CON	
JESÚS	375
¿Quién es Jesús?.....	375
¿Por qué tenemos que perdonar a Jesús?	378

Capítulo 16: ¿NECESITAMOS A JESÚS?	387
¿Es el el único maestro?.....	388
Jesús como nuestro modelo.....	391
Nuestros regalo a Jesús	397

EPÍLOGO

LA ENSEÑANZA DEL MENSAJE	403
--------------------------------	-----

ÍNDICES

Índice de nombres	407
Índice de ejemplos	408
Índice de materias	409
Índice bíblico	418
Índice de referencias a <i>Un curso de milagros</i>	428

LA FUNDACIÓN PARA <i>UN CURSO DE MILAGROS</i> ®	433
---	-----

INTRODUCCIÓN

Hace trece años,¹ el que yo escribiera un libro con este título habría sido inconcebible. Mi matrimonio de cinco años acababa de romperse, con mucha amargura y resentimientos sin resolver. Yo era psicólogo, pero sin verdadera fe en la psicología. No obstante, carente de fe en cosa alguna, sólo podía continuar en mi profesión. Tenía veintiocho años y no tenía idea de hacia donde se dirigía mi vida. Algo andaba mal, pero no sabía qué era. Si hubiera echado una ojeada a esos veintiocho años, sin embargo, podría haber discernido un patrón que clarificaría mi situación y el rumbo que mi vida estaba a punto de tomar.

Crecí en un hogar judío en Brooklyn, y aunque mis padres no eran verdaderamente religiosos había una firme conciencia de nuestra identidad judía. No era sorprendente, pues, que me enviaran a una Yeshivah—una escuela parroquial hebrea—a recibir mi educación elemental. No me gustaba nada. Tenía muchos amigos y mi aprovechamiento en las materias en inglés era bueno, pero resentía aprender hebreo. En su mayor parte, mi ejecutoria en esa área era muy pobre. Mis padres no me forzaban a permanecer allí, pero cuando llegué a percatarme de cuánto me disgustaba ya casi estaba al final. Decidí terminar los ocho grados y luego asistir a una escuela superior pública. Cuando finalmente abandoné la Yeshivah, no quería tener nada que ver con la religión judía. A pesar de estos sentimientos negativos, sin embargo, esos ocho años me habían dado un sólido fundamento en todos los aspectos del judaísmo. Habíamos estudiado el Torah—los primeros cinco libros del Antiguo Testamento—tres veces, y los libros restantes por lo menos una vez. Estaba bien versado en todos los aspectos de la vida religiosa y cultural de los judíos, y hasta podía pensar en hebreo, además de leerlo, escribirlo y hablarlo con fluidez. No

1. Esto se escribió en 1983

INTRODUCCIÓN

fue hasta después de muchos años que pude sentirme a gusto con esta educación.

Mientras cursaba el tercer año de escuela superior, ocurrieron dos acontecimientos que definieron el curso de mi vida. El primero fue el que descubriera a Freud. Yo había oído hablar en la escuela acerca del psicoanálisis, y un día mientras me encontraba en la sección de psicología de la biblioteca tomé *Un primer Freudiano* de Calvin Hall, una exposición clara y sucinta de la teoría psicoanalítica. Cautivado por éste, rápidamente comencé a devorar todo lo que podía encontrar relacionado con el tema. Leí muchas de las principales obras de Freud, así como las obras de los neo-Freudianos. No sé cuánto de esto entendía realmente, pero sí sabía que quería convertirme en psicólogo. Jamás cuestioné esta decisión hasta que me encontraba a mitad de camino en mis estudios doctorales.

El segundo acontecimiento ocurrió en un nivel diferente. Mi madre decidió que sería una buena idea que la familia se expusiera a la música clásica, y por consiguiente se hizo socia de uno de esos clubes de discos clásicos. La oferta de introducción era la grabación de Toscanini de las nueve sinfonías de Beethoven. Fue amor a primera oída para mí, y comenzó un romance que iba a continuar por muchos, muchos años. La música clásica, y especialmente Beethoven, abrió un mundo que yo jamás supe que existiera. No era un mundo externo, sino un mundo interior, más allá del ámbito de mis sentimientos y experiencias. Con el transcurso de los años me sentía cada vez más atraído por este mundo, y la música se convirtió en la influencia más importante en mi vida. Cuando escuchaba la música del último período de Beethoven o del Mozart maduro, sabía que su profundidad estaba muy por encima de mí, pero era como una guía para un desarrollo interior que yo intuía pero que no podía comprender.

Durante mis años de universitario, estuve más claramente consciente de esta dimensión interior y exterior. Por una parte, estaba fascinado con las diferentes teorías psicológicas, y entendía que cada una de ellas reflejaba algún aspecto de la

conducta humana; por otra parte sabía que ninguna de estas teorías podía aplicarse a mi experiencia de escuchar la música. Estas teorías, de hecho, parecían no tener nada que ver con eso. En mi último año asistí a una conferencia dictada por B.F. Skinner, el principal exponente del behaviorismo y un hombre muy, muy respetado por mí. Al contestar una pregunta después de su discurso formal, hizo el comentario típicamente “skineriano” de que si le entregaban una criatura en el momento de nacer, con el control total sobre todos los aspectos del ambiente de ese niño, él podía hacer un Mozart. En ese punto de mi vida yo no creía en el Cielo, pero sí sabía que la música de Mozart no era de este mundo y que la manipulación psicológica o ambiental jamás podría producir la sublimidad de Mozart. Además, era extraño, sin embargo, que a pesar de mi clara conciencia de la dualidad entre estas dimensiones interna y externa, yo no experimentaba conflicto alguno entre ellas. Me sentía bastante a gusto en mi transitar estos dos caminos simultáneamente.

Este patrón continuó durante mi segundo año de escuela graduada cuando, por primera vez, comencé a cuestionar lo que estaba haciendo con mi vida. Encontraba que el estudio de la psicología era cada vez más irrelevante para mi verdadero interés en la música. Sin embargo, no tenía habilidad musical alguna digna de mencionarse, y ciertamente no estaba interesado en el estudio de la música desde el punto de vista teórico. Por lo tanto, finalmente me resigné a terminar mis estudios, pero ahora estaba dolorosamente consciente de la tensión interna entre estos dos mundos.

El primer intento serio por integrarlos surgió en mi disertación, la cual comenzó como un estudio de la dimensión espiritual de la música de Beethoven. Sin embargo, no me tomó mucho tiempo comprender que ésta jamás pasaría del comité doctoral. A medida que avanzaba, también me percaté de que no tenía un interés verdadero en el tema real de la disertación. Mi interés era únicamente que su idea central permaneciera; es decir, que la psicología tendía a ignorar o a

INTRODUCCIÓN

distorsionar esta dimensión interna de la experiencia humana (esto fue en los 1960). Cómo di al fin con mi tema último, la mística Sta. Teresa de Avila del siglo 16, tomaría otro libro. En retrospectiva, ésta fue la más providencial elección. ¡Especialmente interesante para mí fue mi firme identificación positiva con Teresa, en una época en que yo no solamente no era cristiano, sino que no creía en Dios! Sin embargo, aun cuando yo no creía en Él, Él ciertamente estaba en derredor. Sin la ayuda de Dios la disertación jamás podría haberse terminado ni haber sido aceptada. Así, a la edad de veintiséis años, ya había obtenido mi Ph.D. en psicología clínica.

Los dos años siguientes fueron difíciles, en la medida que luchaba no muy exitosamente por integrar estos mundos interno y externo con mi vida personal y profesional. El que terminara la disertación había fortalecido mi fe en este mundo interior, pero eso añadía una tensión a mi funcionamiento externo. Seguía adelante lo mejor que podía, pero mi temor interno era desconocido incluso para mí. Sólo sabía que “algo” dentro de mí necesitaba protección, y que esta preocupación precedía a alguien o a algo más. Desafortunadamente fue así. Dos años más tarde, mi esposa y yo nos separamos (más tarde nos divorciamos), y nuestra hija de un año permaneció con ella. Me mudé al norte de Nueva York y tomé un empleo en un hospital mental del estado.

A pesar de este trastorno, un cambio significativo para bien comenzó a ocurrir en mi vida. Una experiencia impresionante hizo claro que este abstracto mundo interior era mucho más personal de lo que yo había pensado. Repentinamente supe que había un Dios, y las cosas en torno a esta nueva Persona en mi vida comenzaron a caer en su lugar. Jamás había conocido semejante paz o felicidad. Hubo momentos difíciles, sin duda, pero aprendí cómo incluso éstos podían pasar fácilmente cuando se le entregaban a Dios. Además, esta aceptación de Él también trajo consigo una aceptación del judaísmo. Sentí que Dios transcendía las formas religiosas en sí, pero por

primera vez me sentí cómodo dentro de ellas y agradecido por la intensa educación judía que había recibido.

Sin ningún conocimiento consciente de lo que hacía, puesto que yo estaba ignorante de tales costumbres, mi vida se tornaba cada vez más monástica en su forma. Vivía dentro de un ordenado itinerario que le habría parecido ascético a un extraño, pero que para mí era pura dicha. Nada importaba realmente excepto Dios. Aparte de mi horario en el hospital, vivía prácticamente como un ermitaño. Al final de mi primer año, sentía que la música, habiéndome conducido hasta Dios, me había llevado tan lejos como pudo. Ya no era necesaria para llenar el lugar en mi vida que sólo Él llenaba ahora.

Las circunstancias comenzaron a empeorar, sin embargo, al encontrar que cada vez me resultaba más difícil mantener mi itinerario de vida. Pensando que era espiritualmente laxo, me apliqué más diligentemente, y por un tiempo pude continuar con mi estilo de vida básico. Después de sufrir una fuerte influenza, no obstante, me parecía imposible proseguir con cualquier forma de actividad o disciplina espiritual. Este estado de inquietud interna se prolongó por varios meses. Aun así, a través de todo, jamás perdí mi fe en Dios. Sabía que todo lo que necesitaba era tomar Su mano y de algún modo Él me llevaría adelante. Había leído la suficiente literatura mística para reconocer que estaba atravesando por una forma de la “Noche Oscura del Alma”, una crisis espiritual que a menudo presagia y acompaña un cambio significativo en la vida de uno. No tenía idea de lo que eso significaba específicamente, lo cual probablemente era bueno. Si hubiese sabido lo que Dios tenía en mente para mí, habría corrido a esconderme debajo de la cama y me habría quedado allí.

Finalmente, algo de luz irrumpió en mi obscuridad. Una serie de pasos me condujeron a los libros de Tomás Merton, el monje trapense que, después de una sorprendente conversión religiosa, ingresó en la Abadía de Getsemaní en Kentucky. Asombrado de encontrar que había gente que realmente vivían una vida totalmente dedicada a Dios, hice los arreglos para

INTRODUCCIÓN

pasar cinco días en este monasterio más tarde ese verano. El hecho de que estos monjes fuesen cristianos jamás me pareció que fuese un problema. Sabía que ellos amaban a Dios como lo amaba yo; lo demás me parecía no tener importancia.

Las cosas comenzaron a moverse rápidamente ahora. A pesar de mi falta de interés en el cristianismo, sí pensé que sería útil tener algún conocimiento de la Iglesia Católica antes de visitar el monasterio, especialmente debido a que Merton había escrito tanto sobre su sacerdocio. Por lo tanto, asistí regularmente a la temprana misa matutina durante el mes de julio. Para mi gran sorpresa, tuve los mismos sentimientos que había experimentado una vez mientras escuchaba a Beethoven. Sabía que estas experiencias eran de Dios, pero ¿quién habría pensado que las experimentaría en una Iglesia Católica?

A fines del mes, hice algo que había retrasado por algún tiempo. Regalé todo lo que poseía y tomé una habitación amueblada en las inmediaciones del hospital, con la esperanza de que el despojarme de mis posesiones mágicamente me traería paz. Aunque eso no ocurriría, sí me sentí bien acerca de mi próximo paso, y esperaba ávidamente mi viaje al monasterio trapense de Merton a mediados de agosto.

Cuando llegué al monasterio, tuve el rarísimo sentimiento de que había llegado a casa, algo que difícilmente esperaría sentir un muchacho judío procedente de Brooklyn. Estaba tan entusiasmado con la vida monástica que durante la misa de la siguiente mañana, un día especial dedicado a María, decidí que Dios quería que me convirtiera en católico. Fuertemente asociado con esto estaba mi deseo de convertirme en monje. No estaba preocupado por mi falta de interés en Jesús o en la iglesia. Todo lo que importaba era mi convencimiento de que ésta era la Voluntad de Dios. Hablé con algunos monjes y esto reforzó mi decisión. A mi regreso al hospital, hablé con el capellán católico y poco después me bauticé como católico.

Ahora sentía que era el momento de abandonar mi empleo y permanecer a solas por algún tiempo. Mi plan era aguardar

el año que se requería, y luego ingresar como monje en la Abadía de Getsemaní. Todo parecía muy claro. Sin embargo, pensé que primero debía ir a Israel, por razones que no estaban del todo claras. Confiado en que lo que sentía era la dirección de Dios, partí y pronto me encontré en el corazón de la Vieja Ciudad de Jerusalén inesperadamente sintiendo que estaba en el lugar más santo de la tierra. Aunque aún no estaba plenamente identificado como cristiano, no obstante sentía algo muy especial acerca de los santos lugares cristianos. Muy curiosamente, también sentía que no era menos judío. Lo más importante de todo, estaba en paz por primera vez en muchos meses.

Aunque no estaba anticipándolo, debí haber adivinado mi siguiente parada: el monasterio trapense de Latrún, en las afueras de Jerusalén. Pensando que me quedaría sólo una semana, permanecí allí tres meses y medio, un tiempo que solidificó mi deseo de convertirme en monje, y que además me proveyó la oportunidad de consolidar todo lo que había sucedido el año anterior. Tomó algún tiempo ponerme al día.

Después de Latrún, pasé varias semanas en una comunidad monástica más primitiva llamada Lavra Netofa, en la cima de una montaña con vista al extremo norte del Mar de Galilea. Satisfecho allí, aplacé mis planes inmediatos de ingresar a los trapenses.

A principios de mayo, pensé que era tiempo de regresar a los Estados Unidos para una visita breve, antes de establecerme en esta cima monástica. Regresaba a reparar relaciones maltrechas, especialmente con mi familia, a ver viejos amigos y parientes y a echarle una ojeada a cierto libro sobre desarrollo espiritual que me habían mencionado antes de partir. Llevé a cabo estas cosas, sin imaginar jamás las ramificaciones de las mismas en mi vida. El verano de 1973 resultó significativo por tres razones principales.

La primera fue una corrección muy necesaria a mi propia teoría personal sobre espiritualidad. Hasta este momento, yo creía que únicamente a solas podría encontrar a Dios. Mi

INTRODUCCIÓN

camino hacia Él era a través de la vida monástica, y mientras más solitaria mejor. Desde el momento que salí de Israel, sin embargo, todo se puso patas arriba. De una existencia tranquila, aislada, me encontré viajando bastante, y apenas estaba solo. Para mi gran sorpresa, por primera vez en mi vida descubrí que Dios estaba tan presente cuando me encontraba con otras personas, viviendo un itinerario “mundano”, como cuando me encontraba a solas. Esto fue una revelación y me liberó de una dependencia del régimen monástico. Me di cuenta de que podía estar en paz dondequiera, en tanto estuviera donde Dios deseaba que estuviese.

En segundo lugar, finalmente vi el libro sobre “desarrollo espiritual”, el cual se titulaba *Un curso de milagros*. Era precisamente lo que yo había estado buscando sin saberlo, puesto que éste resolvía un problema aparentemente insoluble. Si bien jamás había estado más feliz que cuando estuve en el monasterio, había un pensamiento que siempre me había corroído. Sabía que el convertirme en psicólogo había sido idea de Dios y no mía, y que había sido por medio de Su ayuda únicamente que yo había terminado mi educación. Sabía, además, que yo valoraba mi trabajo con la gente y que lo encontraba provechoso. Permanecer como monje, no obstante, habría significado ignorar esta parte de mi vida. Eso no me parecía correcto, pero tampoco veía cómo la psicología podía reconciliarse significativamente con la espiritualidad. El Curso proveyó la respuesta, como discutiré más adelante, y así una vez más cambié mis planes, y decidí quedarme en los Estados Unidos. El monasterio sería un lugar agradable para visitar, pero ya no sería mi hogar.

Finalmente llegó el suceso más importante de todos. Yo había sido un cristiano bastante peculiar. Encontré gran nutrición y solaz en los santos lugares cristianos, al participar en muchas de las prácticas religiosas y vivir la norma monástica que decididamente era cristiana. A través de todo, no obstante, Jesús era para mí una no-entidad. Conscientemente pasaba muy poco tiempo, si alguno, pensando en él. Sin embargo,

durante el pasado año más o menos, yo estaba cada vez más consciente de una presencia aun más personal y directa en mi vida, que me guiaba, me consolaba y me proveía respuestas útiles para mis preguntas específicas. Yo siempre identificaba esta presencia con Dios y no le daba mayor pensamiento a esto, aparte de sentirme agradecido por su ternura y amor. Imaginen mi gran sorpresa, pues, cuando durante una visita ese verano a mis amigos trapenses en Kentucky me di cuenta por primera vez de que esta presencia tenía un nombre, y de que su nombre era Jesús.

Ese momento de comprensión fue el más feliz y gozoso de mi vida. De pronto supe que Jesús era más que un símbolo o una figura histórica que vivió una vez y luego dejó de existir. Él era una persona muy real, viva dentro de mí. Sabía con una certeza que jamás he perdido, que no sólo Jesús estaba allí, sino que siempre estaría allí. Con esa conciencia se cerró un capítulo de treinta y un años. Había sido un período de alejarme de Jesús—sin reconocer quién era él en mi vida—al tiempo que él me conducía hacia sí mismo. Ahora que al fin nos habíamos encontrado, podíamos comenzar nuestra nueva vida juntos y mi preparación para la próxima etapa de mi viaje hacia Dios.

Esa etapa específicamente incluía a *Un curso de milagros*: aprender lo que decía y, más importante aún, procurar poner en práctica sus enseñanzas acerca del perdón en mi vida personal y profesional. El Curso es un conjunto de tres libros, dictados por Jesús, escritos durante un período que se prolongó por siete años el cual comenzó a mediados de los 1960. Consiste de un texto, el cual expone los conceptos sobre los cuales se basa el sistema de pensamiento del Curso. Estas ideas proveen el marco teórico para el libro de ejercicios, una serie de 365 lecciones que constituyen la aplicación práctica de los principios del Curso. El manual para maestros, escrito en forma de preguntas y respuestas, provee las respuestas a algunas de las posibles preguntas que un estudiante podría formular.

INTRODUCCIÓN

En nuestra era de la psicología y de un renovado interés en la espiritualidad, el Curso provee una fusión única de ambos mundos. Integra los discernimientos de la psicología—particularmente los del psicoanálisis—con las verdades eternas de la espiritualidad. La enseñanza central del Curso es que la manera de recordar a Dios es a través del deshacimiento de nuestra culpa por medio del perdón a los demás y por lo tanto a nosotros mismos. Al sanar nuestras relaciones, se puede sanar nuestra relación con Dios, aparentemente rota por el pecado de la separación.

A pesar del llamamiento universal de su mensaje, las enseñanzas del Curso se presentan dentro de un marco cristiano y una de las preguntas más frecuentemente formuladas con relación al Curso es por qué esto es así, con la identidad de Jesús como la fuente del material tan explícitamente manifiesta. Esto ha planteado problemas para muchos de los estudiantes y para posibles estudiantes del Curso. Este grupo incluye no sólo a judíos que crecieron en medio del anti-semitismo cristiano, sino también a un grupo numeroso de cristianos para quienes Jesús se ha convertido en un fuerte símbolo anti-religioso. La respuesta a esta pregunta se encuentra en el *modus operandi* del Espíritu Santo, Quien corrige nuestros errores en la forma en que éstos aparecen, puesto que el perdón sólo puede sanar en la forma en la cual se expresa la falta de perdón. Al unirse con nosotros en el mundo de nuestros errores, el Espíritu Santo corrige suavemente nuestras ilusiones y nos conduce más allá de éstas hacia la verdad.

Aun para el observador más casual, está claro que el elemento más dominante a través de dos mil años de historia occidental ha sido el cristianismo, y esta influencia ha penetrado en todo aspecto primordial de nuestra sociedad. Nuestros años se enumeran desde el presunto nacimiento de Jesús, y ni una sola persona, sin importar su religión, se ha librado de la influencia de Jesús y de las religiones que tomaron su nombre. También es evidente que el cristianismo no ha sido muy cristiano. Nietzsche comentó que “en verdad, hubo *un* solo

cristiano, y él murió en la cruz”, mientras que Chesterton señaló que el problema con el cristianismo es que “ha resultado difícil y permaneció no probado”.

Uno no necesita ser un entusiasta estudiante de historia, por lo tanto, para percatarse de que los regalos del cristianismo al mundo han tenido dos filos. Por una parte, el cristianismo ha preservado la memoria y el ejemplo de Jesús durante siglos—la más pura expresión del Amor de Dios que hemos conocido—al incluir su evangelio de perdón, así como al beneficiar a la humanidad con sus muchas contribuciones culturales y éticas. Por otra parte, el cristianismo ha sido una religión de sacrificio, culpa, persecución, asesinato y elitismo, con Jesús como su símbolo primario—él cuyo evangelio era sólo amor, perdón, paz y unidad. Como dice el Curso: “Se han hecho amargos ídolos de aquel que sólo quiere ser un hermano para el mundo” (C-5.5:7). El desarrollo del cristianismo puede verse en parte como la historia de un pueblo que, aunque creía en Jesús y en su mensaje, a menudo, inadvertidamente ocasionó tragedia en vez de consuelo y salvación para el mundo. En vez de unir a toda la gente como una familia bajo Dios, ha dividido y subdividido esta familia. Antes de que podamos aceptar plenamente el radical mensaje de perdón de Jesús, el cual discutiremos en las Partes I y II de este libro, tienen que deshacerse los errores del pasado. Dentro de este contexto, puede decirse que una de las metas de *Un curso de milagros* es corregir estos errores de separación que han penetrado en las enseñanzas cristianas tradicionales, y que han distorsionado el mensaje del Amor de Dios para *toda* la humanidad, y nuestra necesidad de que nos perdonemos unos a otros como el medio de restituir este amor a nuestra conciencia.

Aquellos que comiencen el Curso esperando encontrar—para bien o para mal—el cristianismo que habían aprendido y practicado, o el cristianismo que parecía condonar el fanatismo y la persecución, se sorprenderán mucho. Encontrarán muchas de las palabras con las cuales estaban familiarizados—expiación, salvación, perdón de los pecados, Cristo, Hijo de

INTRODUCCIÓN

Dios, etc.—pero con diferentes significados y connotaciones. La crucifixión permanece como el acontecimiento central en la vida de Jesús, sin embargo la interpretación está a 180 grados de la enseñanza tradicional de que Jesús sufrió y murió por nuestros pecados. Las secciones iniciales de los Capítulos 3 y 6 del Curso se refieren específicamente a este asunto, el cual se discute en los Capítulos 8 y 9 de este libro.

En el Curso, Jesús afirma:

Todo tu pasado, excepto su belleza, ha desaparecido, y no queda ni rastro de él, salvo una bendición. He salvaguardado todas tus bondades y cada pensamiento amoroso que jamás hayas abrigado. Los he purificado de los errores que ocultaban su luz, y los he conservado para ti en su perfecta luminiscencia (T-5.IV.8:2-4).

Podemos extender este mismo principio a la purificación que hace el Curso de los errores del cristianismo al tiempo que retiene sus bondades y pensamientos amorosos. En este sentido, podemos ver a *Un curso de milagros* como un comentario extensivo del *Sermón de la montaña*, tal vez la destilación más clara de lo que deben haber sido las enseñanzas de Jesús, y cuyos principios de perdón están tan perfectamente ejemplificados en su propia vida. El Curso nos ayuda a entender qué son estos principios, por qué Jesús hizo de ellos la piedra angular de su evangelio, y por qué escogió la crucifixión como la forma en la cual enseñó que nuestros pecados están perdonados.

Antes de que podamos trascender los separatismos de la religión y conocer nuestra unidad en Dios, las religiones del mundo tienen que purificarse de sus errores. *Un curso de milagros* se le ha dado al mundo como un medio para dicha purificación. Este libro, por lo tanto, procura elaborar sobre este propósito del Curso por medio de la presentación de muchas de las enseñanzas del cristianismo a la luz de los principios que plantea el Curso. El libro consta de cuatro partes. La primera discute estos principios, y enfoca la dinámica del

ego y el deshacimiento de éste a través del perdón, e incluye una discusión de la aplicabilidad de estos principios a problemas y asuntos específicos. Esta presentación se hace dentro de un contexto psicológico y espiritual, aunque no es específico para ninguna fe religiosa. La segunda parte relaciona los principios del perdón con las enseñanzas del Nuevo Testamento, incluyendo la importancia de la propia vida, muerte y resurrección de Jesús y los malentendidos de su mensaje. Se espera que esta parte del libro sea del interés tanto de los cristianos como de los no cristianos por igual, y que sirva para hacer a la persona de Jesús y sus enseñanzas más relevantes aún para nosotros en la era moderna en la que vivimos. La tercera parte discute la significación del apostolado, y lo que significa estar en este mundo pero no ser parte de él. La parte final del libro se concentra en la persona de Jesús, y en la importancia que él tiene en nuestras vidas hoy día.

PARTE I

PRINCIPIOS DE

UN CURSO DE MILAGROS

INTRODUCCIÓN

A primera vista, la psicología y la espiritualidad parecen ser aliadas improbables. Durante los primeros cincuenta años de este siglo, desde la época en que los escritos de Freud se publicaron por primera vez, la psicología y la religión no han sido enemigos muy amigables. La religión, y con razón, sospechaba de la fuerte tendencia de la psicología a reducir *toda* la conducta y experiencia humana a fuerzas sexuales inconscientes (psicoanálisis), o a descartar cualquier experiencia como fundamentalmente irrelevante si ésta no obedecía a ciertas leyes empíricamente validadas y si no se podía observar y medir (behaviorismo). Los fanáticos religiosos a menudo estaban prestos a descartar una psicología que reflejaba los valores de una cultura materialista y secular, y la veían como la obra del demonio diseñada para desacreditar su fe y hasta destruirla.

Esta relación recelosa y hostil comenzó a cambiar dramáticamente durante los años 1960, de parte de ambos lados. En la psicología, las semillas del cambio que se sembraron en muchos escritores de la post-guerra comenzaron a dar fruto en el surgimiento de lo que Maslow llamó la “Tercera Fuerza” (para distinguirla del psicoanálisis y del behaviorismo). Esta agrupación incluía teóricos como Jung, Rogers y los psicólogos existenciales y humanísticos. El centro de interés cambió hacia una visión más respetuosa de nuestros esfuerzos creativos y espirituales, y se puso mayor énfasis en el momento presente y en el futuro cambiante en contraste con el ver a la gente aprisionada por las cadenas de su pasado. De hecho, una “cuarta fuerza” se ha descrito recientemente—la psicología transpersonal—la cual procura explorar el Ser que está más allá de nuestro yo personal a través de la meditación, adiestramiento en biorealimentación, experimentación con drogas, etc. Como resultado, los psicólogos humanísticos y transpersonales han buscado cada vez más la espiritualidad como una fuerza orientadora para sus investigaciones. Interesante por

demás, en buena medida estos esfuerzos se han concentrado más en el oriente que en occidente, y han utilizado técnicas y maestros (gurús) con orientaciones predominantemente hindúes o budistas, sin mencionar las seculares, en oposición a las de nuestra propia herencia judeo-cristiana.

Acompañando este notable cambio de la actitud psicológica hacia la experiencia religiosa ha habido un cambio similar de parte de las instituciones religiosas, como se ha visto particularmente en la Iglesia Católica desde el Vaticano II. En el increíble corto período de tiempo que siguió a este gran Concilio, las puertas que habían estado cerradas al cambio se abrieron de par en par. A medida que las nuevas formas de la psicología ganaban popularidad, el deseo de la iglesia de hacerse más accesible al mundo secular y más receptiva a las necesidades de sus miembros la encaminaron hacia su anterior adversario. Esto se vio más especialmente en el área de las relaciones interpersonales, donde los discernimientos y las técnicas psicológicas fueron de gran valor.

A pesar de este acercamiento, sin embargo, permanece el hecho de que la psicología y la espiritualidad son diferentes. Enfatizan diferentes niveles de experiencia porque sus cimientos descansan sobre premisas que se excluyen mutuamente. Sin embargo, es en esa diferencia donde radica el valor de la psicología para la espiritualidad. La psicología no puede enseñarnos nada sobre la vida espiritual, pero sí *puede* enseñarnos mucho sobre nuestro yo personal, lo que llamamos el “ego”,² el cual interfiere con nuestra relación con Dios.

Es irónico que el brillante análisis de Freud sobre el funcionamiento de la psiquis pueda utilizarse para intensificar el crecimiento espiritual de uno. A través de su vida, Freud siguió

2. A través del libro, “ego” se usará como sinónimo de nuestro falso yo, algo similar al concepto de “persona” y de “sombra” de Jung. Así, éste difiere del uso psicoanalítico convencional, donde el ego es sólo una parte de la psiquis tripartita. En la terminología que adoptamos aquí, el ego sería el equivalente aproximado de esta psiquis, diferente a nuestro Ser espiritual que radica más allá de éste.

implacablemente la idea de que todas las experiencias y creencias religiosas en el mejor de los casos eran neuróticas y en el peor de los casos eran psicóticas, por ser *nada más* que proyecciones de conflictos infantiles reprimidos. Su propia teoría, no obstante, nos enseñaría que uno jamás lucha tanto *en contra de* algo a menos que se sienta correspondientemente atraído por ello, aun cuando esa atracción esté fuera de la conciencia. Uno podría concluir que todo el sistema teórico de Freud fue diseñado, en un nivel, para defenderse en contra de la “amenaza” que él sentía de su poderosa espiritualidad. Así pues, se esforzó por creer que el mundo material era la única realidad, por lo que su sistema de pensamiento se convirtió en el velo detrás del cual permanecía escondida la vida del espíritu. Al darle un propósito diferente, sin embargo, la descripción sistematizada de la dinámica del ego puede servir como un poderoso instrumento que nos libere del aprisionamiento de la culpa y del miedo, las más poderosas armas del ego en su guerra contra Dios. Además, es justo decir que sin Freud no habría habido *Un curso de milagros*. Por lo tanto, aunque incapaz de ayudarnos a entender al Dios que buscamos, la psicología puede ser extremadamente importante en la remoción de las barreras que interfieren con nuestro movimiento hacia Él. Puede convertirse en un medio importante que Dios utilice para acercarnos a la verdad última sobre quiénes somos verdaderamente y quién es Él, nuestro Creador.

Capítulo 1

LA DINÁMICA DEL EGO

El mundo de la culpa: dos niveles

Aunque los psicólogos pueden diferir en su interpretación de la etiología, dinámica o términos descriptivos, prácticamente todos estarían de acuerdo en que el asunto vital más importante que confronta la gente es el problema de la culpa. Asociado con la experiencia de nosotros mismos como seres físicos y psicológicos, la culpa puede diversamente describirse como odio a sí mismo, duda de sí mismo, una torturante conciencia de inferioridad e inseguridad, sentimientos de que estamos incompletos, insatisfacción, carencia y una creencia en el fracaso personal de uno ante sí mismo, ante los demás y ante Dios.

Cada uno de nosotros está más que familiarizado con los sentimientos de culpa relacionados con cosas de nuestro pasado. La historia de nuestras vidas individuales puede verse, desde este punto de vista, como una letanía de nuestra culpa por lo que hemos hecho o no hemos hecho, dicho o no dicho, pensado o no pensado. Nos sentimos culpables porque fastidiamos a un hermano menor, nos sorprendieron robando dulces en la tienda del vecindario, cortamos clases para irnos de pesca o para ver un partido de béisbol, o nos castigó la maestra por hablar en la clase o por no hacer la tarea. Como adultos nos sentimos culpables por haber sido crueles con algún necesitado, por haber perdido la paciencia, por haber cometido fraude en el informe de contribución sobre ingresos, por no haber sido fieles a los mandamientos, por no llevar a cabo los ritos religiosos prescritos o por abrigar sentimientos sexuales hacia personas prohibidas por las normas de moralidad.

La lista es interminable; mas a pesar del dolor que tales recuerdos y experiencias dejan como secuela, éstos son meramente la punta del témpano. Estas instancias específicas por las cuales nos sentimos culpables, reflejan una experiencia mucho más profunda y generalizada de minusvalía e insuficiencia. Así como el mayor bulto del témpano yace debajo de la superficie del mar, así también esta experiencia de culpa se encuentra bajo la línea de la superficie que divide nuestra mente consciente de nuestra mente inconsciente. Es un sentimiento tan profundamente arraigado que creemos que no hay manera de liberarnos del mismo; ni siquiera Dios mismo tendría el poder o el deseo de redimirnos de esta carga permanente de culpa.

¿De donde proviene la culpa? La explicación del Curso para el origen último de nuestra culpa provee un contexto metafísico más amplio para los principios psicológicos que estamos discutiendo, sin los cuales el significado básico de la culpa y de su deshacimiento a través del perdón no se podrían entender. Por lo tanto, esto amerita una discusión antes de que prosigamos.³

La culpa surge del pecado, el cual el Curso define en un punto como falta de amor (T-1.IV.3:1), la condición de la post-separación. El pecado es la *creencia* de que podemos y de hecho nos hemos separado de nuestro Creador, Quien *es* Amor. En este sentido la opinión del Curso sería equivalente a la interpretación judeo-cristiana del pecado original, cuando el pensamiento de separación entró furtivamente en la mente del Hijo de Dios. Es la aparente realidad de la separación la que fabrica al ego, o falso yo, que surge en oposición al Ser que Dios creó uno con Él. La culpa nos dice que hemos pecado, y por lo tanto establece la realidad del pecado. El ego, que *es* esta creencia en un Ser separado, ahora se protege

3. Para una discusión más profunda de este tema, el lector puede consultar mi libro *Love Does not Condemn (El amor no condena)*.

proyectando este pensamiento original de separación, del cual surge un mundo de forma que parece existir separado de la mente dividida que lo pensó. Como dice el Curso:

No te das cuenta de la magnitud de ese único error [de separación]. Fue tan inmenso y tan absolutamente increíble que de él *no pudo* sino surgir un mundo totalmente irreal. ¿Qué otra cosa sino podía haber surgido de él? ... [el mundo] fue la primera proyección del error al exterior. El mundo surgió para ocultarlo [el error de la separación], y se convirtió en la pantalla sobre la que se proyectó, la cual se interpuso entre la verdad y tú (T-18.I.5:2-4; 6:1-2).

Este mundo de separación es un mundo de cuerpos, los cuales literalmente se convierten en encarnaciones del ego, y simbolizan el pecado de la separación o el ataque a Dios por el cual nos sentimos culpables. Por esta razón el Curso afirma que “el mundo se fabricó como un acto de agresión contra Dios” (L-pII.3.2:1). En realidad, por lo tanto, el mundo material es tan inherentemente ilusorio como el pensamiento de separación que le dio origen. El Curso enseña que las ideas no abandonan su fuente. Contrario a nuestra experiencia, el mundo existe únicamente como una idea en nuestra mente dividida, la cual no es la mente que Dios creó. Por consiguiente, el mundo separado, a su vez, no pudo haber sido creado por Dios y verdaderamente no existe.

Además, el mundo de la separación es un mundo de escasez, conflicto, sufrimiento y muerte, en marcado contraste con el mundo de Dios de abundancia, paz y vida eterna. El nuestro es un mundo de opuestos, contrastes y cambio; el Cielo es unificado e inmutable. El Curso elabora esto:

El mundo que ves es el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido. Contempla detenidamente este mundo y te darás cuenta de que así es. Pues este mundo es el símbolo del castigo, y todas las leyes que parecen regirlo son las leyes de la muerte. Los niños vienen al mundo con dolor y a través del dolor. Su crecimiento va

acompañado de sufrimiento y muy pronto aprenden lo que son las penas, la separación y la muerte. Sus mentes parecen estar atrapadas en sus cerebros, y sus fuerzas parecen decaer cuando sus cuerpos se lastiman. Parecen amar, sin embargo, abandonan y son abandonados. Parecen perder aquello que aman, la cual es quizá la más descabellada de todas las creencias. Y sus cuerpos se marchitan, exhalan el último suspiro, se les da sepultura y dejan de existir. Ni uno solo de ellos ha podido dejar de creer que Dios es cruel (T-13.in.2:2-11).

Aun lo que nos produce placer en este mundo no es lo que parece: “Y mientras creas que [el cuerpo] puede darte placer, creerás también que puede causarte dolor” (T-19.IV-A.17:11). Los objetos de placer también nos causarán dolor por dos razones principales: su ausencia, una vez nos hemos hecho dependientes de ellos, se experimentará como una carencia y privación, y por lo tanto será dolorosa; en segundo lugar, cuando experimentamos algo en el mundo material como una fuente de placer, y creemos que su presencia es esencial para nuestro bienestar, le estamos dando un poder y una realidad que verdaderamente no tiene, y estamos negando el poder y la realidad que Dios o el espíritu *sí* tiene. Al utilizar el mundo como sustituto del papel que sólo Dios debe tener en nuestras vidas, nuestra creencia en la separación de Dios se refuerza, y es esto lo que dio origen al mundo del sufrimiento y del dolor en primer lugar. Como dice el Curso: “Todo placer real procede de hacer la Voluntad de Dios” (T-1.VII.1:4). Volveremos a este asunto cuando discutamos las relaciones especiales.

Podemos observar este mismo principio del placer equiparado con el dolor en el mundo de la naturaleza. Lo que vemos y admiramos como belleza también puede dar rienda suelta a la destrucción y a la catástrofe. El cálido sol que sustenta la vida puede producir calor tan abrasador que mate. La suave lluvia que nutre nuestro suelo, cuando es excesiva, ocasiona inundaciones que destruyen pueblos y villas. La prolongada

ausencia de lluvia, por otra parte, causa sequías que nos privan del sustento que su presencia nos ha provisto.

Admiramos las bellezas y maravillosas exquisiteces de la naturaleza. Más dentro de ese mismo mundo percibimos la competencia y la destructividad. Árboles majestuosos son derribados por enjambres de hormigas y de comején. Al mismo tiempo que sus ramas se arquean hacia el cielo en florido verdor, las raíces del árbol estrangulan a otras raíces vecinas en busca de *su* legítimo suelo. Los animales se rapiñan unos a otros, y acechan en la selva para aprovecharse de la vulnerabilidad o el descuido de los otros. Tennessee Williams nos ha dado un crudo retrato de este lado inferior de la naturaleza en su drama, *De repente, el verano pasado*. Es una descripción de una playa en las Islas Galápagos donde:

las grandes tortugas marinas se arrastran fuera del mar para su postura anual de huevos... Una vez al año la tortuga marina hembra se arrastra fuera del mar ecuatorial hacia la llameante arena de la playa de una isla volcánica para cavar un hoyo en la arena y depositar sus huevos allí. Es una lucha larga y espantosa, el depositar los huevos en los hoyos en la arena, y cuando termina, la hembra exhausta se arrastra hacia el mar medio muerta. Ella jamás ve a su prole....[Mientras tanto] el cielo también [está] en movimiento... ¡Repleto de pájaros devoradores de carne y el ruido de los pájaros, los horribles gritos salvajes de los—carnívoros pájaros... a medida que las tortugas marinas acabadas de empollar luchaban por salir de los hoyos en la arena e iniciaban su carrera al mar... para escapar de los pájaros devoradores de carne que ennegrecían el cielo casi tanto como la playa! Y la arena toda viva, según las tortugas empolladas gateaban presurosas para llegar al mar, mientras los pájaros revoloteaban y bajaban en picada para atacar y revoloteaban y—revoloteaban para atacar! Se lanzaban sobre las tortugas marinas empolladas, las volteaban para exponer sus suaves barrigas, desgarraban sus barrigas para abrirlas y desgarrar su carne y comérsela... sólo una